

El celibato está esencialmente ligado a cierta intensidad de vida espiritual.

—¿Por qué ha adoptado posturas tan intransigentes? Se le reprochará el no haber sido nunca obispo y el desconocer, por lo tanto, los problemas concretos que se les plantean a los sacerdotes.

C. D.—Esta cuestión del celibato plantea, por un lado, problemas directamente pastorales, y reconozco que, en este sentido, no tengo la experiencia de tal o cual obispo francés. Pero, por otro lado, plantea problemas doctrinales, y ahí sí que estoy en mi terreno, puesto que soy teólogo... Actualmente, pues, se pone en tela de juicio el lado institucional del cristianismo en nombre de una visión más profética. Ahora bien, para mí, el sacerdocio no es solamente profético, es también institucional.

—Parece ser que usted ataca al episcopado holandés en su conjunto por haber simpatizado con las resoluciones del concilio pastoral.

C. D.—No he atacado al episcopado holandés. Sé que la Iglesia de Holanda tiene planteados problemas de difícil resolución. Deseo el más íntimo de mi corazón que estos problemas lleguen a resolverse. Pero mi principal preocupación es la de evitar que se organice una campaña a favor del matrimonio de los sacerdotes en otros países y especialmente en Francia. He querido oponerme al lanzamiento de una campaña de este orden y creo que la totalidad de los sacerdotes franceses piensan que tengo razón. Dicho esto, yo no tengo por qué resolver problemas que se plantean en la Iglesia de Holanda.

—Se le considera a usted portavoz oficial de la Santa Sede y sus declaraciones tienen siempre mucho peso.

C. D.—También en este punto se exagera. El Papa no me consulta siempre, y yo escribo mis artículos de motu propio. El Papa me ha nombrado cardenal, yo me identifico plenamente con su pensamiento, pero no por eso soy su portavoz oficial ni siquiera oficioso. Sin em-

bargo, todo lo que podría alterar determinados aspectos de la fe y de las estructuras de la Iglesia, me inquieta.

—¿Es usted «integrista»?

C. D.—No soy ni integrista ni progresista. Para mí, el integrista es el que dice no a todo, y el progresista, el que dice sí a todo.

—¿Cómo ve usted el futuro? ¿Cuál es la apertura posible?

C. D.—Los obispos y los católicos holandeses no quieren endurecer la situación. Se encontrarán soluciones. No sé cuáles: hay que esperar. Pero es imposible transigir en ciertos puntos. Por ejemplo, en el de que si un sacerdote se casa pueda continuar ejerciendo su ministerio.

—Hay, sin embargo, sacerdotes que quieren casarse y seguir siendo sacerdotes, y esperan que un día esto será posible.

C. D.—No, no será nunca posible. Es absolutamente contrario a la tradición. Sería traicionar lo que ha sido la doctrina constante de la Iglesia. Por el contrario, hay ciertos casos en los que sería posible dar el sacramento de la orden a hombres casados. Es ese el sentido de la carta de Pablo sexto al cardenal Villot. Está también el problema de los diáconos.

—Las posturas parecen tan irreconciliables que hay quien habla de cisma.

C. D.—No. No creo que la Iglesia de Holanda pueda llegar hasta ese extremo. No se trata en absoluto de cisma. Estamos ante una iglesia local y la Iglesia de Roma. Tendrán que dialogar, y será una prueba para el futuro. Es posible, por otro lado, que la cuestión sea abordada en el curso del próximo sínodo. Pero si Roma cediese en ese punto, creo que ello no favorecería nada la renovación del dinamismo espiritual, y ese es, en el fondo, el verdadero problema. Adaptar la Iglesia al mundo moderno, sí. Pero ceder en este punto, no. En esta hora en que la sexualidad invade todo, el celibato de los sacerdotes es un «testimonio» más esencial que nunca. ■ YVON LE VAILLANT.

Francia

PRENSA Y TEJIDOS

Los dos magnates de la industria textil en Francia, patronos a su vez de importantes publicaciones, van a unirse. Jean Prouvost (ochenta y cinco años) y Marcel Boussac (ochenta y uno) planean una gran industria textil francesa. Prouvost es el primer industrial de la lana en Europa continental. El volumen de negocios de la lanera Roubaix asciende a 700 millones de francos. Sus marcas más conocidas son Pin, gouin, Pernelle, Lacoste, Rodier, Rorrigan... En sus fábricas trabajan unas doce mil personas. Prouvost es autoritario y paternalista. No ha sabido asimilar el giro de los tejidos sintéticos. En prensa controla «Le Figaro», «Paris Match»,

«Marie-Claire», «Télé-Jours», Radio Tele Luxemburgo.

Por su parte, Boussac es el primer industrial francés del algodón. Por esta razón ha tenido en ciertos momentos una gran influencia en la política exterior del país (el algodón era importado de Egipto y de Sudán). Se calcula que el volumen de negocios asciende a 500 millones de francos y que trabajan para él unas diez mil personas. Controla Dior y, en parte, Moët y Chandon. En prensa, «L'Aurore».

La unión de ambos industriales es tardía y tiene un signo defensivo, ya que han sido superados por el dinamismo de Agache-Willot y Joll Fuss-Mieg.

El viaje de Rogers

UN AMERICANO EN AFRICA

Como quiera que Nixon no había hecho ni una sola alusión al continente africano en su voluminoso mensaje sobre «el estado de la Unión», el secretario de Estado, William Rogers, ha tenido que improvisar una gira africana destinada a procurar a los Estados Unidos una línea política coherente. El único equipaje del señor Rogers a su salida era un informe de David Rockefeller sobre los países africanos juzgados «interesantes», en particular los que no poseen ni petróleo ni uranio. No se trata, como antes, de recorrer los baluartes americanos y las bases militares de este país. El Pentágono se interesa cada vez menos por unas bases que le resultan casi inútiles en la estrategia moderna. En cuanto a los baluartes americanos, los conflictos locales los amenazan día tras día. Ahora bien, los Estados Unidos del señor Nixon quisieran adoptar un «botoncito» como los «hippies». Uno que dijese no «haced el amor y no la guerra», sino «haced negocios y no la guerra».

En el periplo africano de Rogers, la etapa de Lagos es importante: el general Gowon quería que los Estados Unidos se uniesen a la Unión Soviética para participar masivamente en el esfuerzo de reconstrucción de Nigeria. Rogers tiene una idea muy sui generis de la colaboración con los soviéticos: exactamente la misma que tienen éstos por lo demás. No hay nada en común. Cada parte desea una distribución de las zonas de influencia. Cada parte desea ocupar los anti-

trata de un juego muy prudente, puesto que en estos dos últimos países, las inversiones son mucho más rentables que en cualquier otra parte. Los hombres de negocios se han visto apresados en su propia contradicción: ¿hay que sacrificar los beneficios inmediatos a cambio de una estrategia financiera a largo plazo?

En realidad, los Estados Unidos pueden muy bien jugar aquí con un problema israelí que preocupa muy poco a los no árabes, y allí, con un problema sudafricano que tiene la fuerza del hecho consumado. Lo que no pueden hacer, evidentemente, es encauzar la revuelta de las jóvenes generaciones y consolidar los regímenes conservadores. ¿Qué será Kenya cuando muera el viejo dirigente Kenyatta? ¿Y Etiopía después de la desaparición del «León de Judá», Negus y Rey de Reyes, el Emperador Haile Selassie? Los americanos nunca han tenido tanta fuerza en Addis-Abeba, que es la sede de la Organización de la Unidad Africana. Pero la situación se degrada.

El poder federal se sostiene gracias a su policía política. A pesar de la represión, la política interior y exterior del emperador es contestada cada vez más vigorosamente. Los que en abril, en Addis-Abeba, levantaron barricadas al grito de: «El «León de Judá», al 200», han saqueado igualmente el Centro de Información americano al grito de: «US go home». Cuando el «León de Judá» deje de reinar, el águila americana perderá, sin duda, algunas plumas.



Rogers, con el doctor Mungai, ministro de Asuntos Exteriores de Kenya.

guos «baluartes» del viejo y célebre imperio británico.

Los Estados Unidos no tienen problemas por el momento (es decir, ninguna dificultad para establecer su preponderancia económica, que es, además, lo único que les interesa ahora) en lo que se refiere a Liberia, Etiopía, el Congo ex belga. Por el contrario, en Zambia y en Tanzania, Washington, Londres, Pekín y Moscú juegan un juego a la vez astuto y prudente. Rogers ha tenido la habilidad de condenar públicamente el «apartheid» sudafricano y el racismo rodesiano. Se

Pero es precisamente a eso a lo que, según Rockefeller, la administración de Nixon debe resignarse. Tito y Seku Turé son «para el business» mucho mejores aliados que los feudales en decadencia. ¿Por qué mantener una presencia que «no da beneficios»? «Dejemos a los regímenes ser comunistas: ni Pekín ni Moscú están capacitados para ayudarlos económicamente. Volverán a nosotros más tarde o más temprano». Este cinismo no convence a los hombres del Departamento de Estado: si no, ahí está el Vietnam entre otros casos.